

# SARASOLA Y LA LITERATURA VASCA

Escojo, en la rueda de la fortuna de mis lecturas, un libro que entra de lleno en mis conclusiones sobre la realidad múltiple de las Españas. Pienso, desde hace mucho tiempo, que un gozoso trabajo para un intelectual de nuestra geografía debe orientarse en el sentido de averiguar en qué consiste nuestra plural expresión.

Acontece, además, que durante los años del periodo político que hemos vivido, se había creído llegar a una cómoda simplificación de conceptos —apoyada en la mística unitaria— que, como todas las simplificaciones, encerraba una traición a la realidad. Y, en mis conversaciones, no dejaba de asombrarme de la alegre confianza con que se suponía que ya no había problemas, y que «aquello» no volvería a ocurrir. A mi manera, y a lo largo de mi tarea ensayística y didáctica, dediqué muchas páginas a hacer comprender no solamente que sí había problemas sino que «ese problema» sería el tema fundamental con que habría de encontrarse la nueva política. Y así ha sucedido.

La pereza hispánica y los tópicos heredados han sufrido la sacudida de una realidad que estaba ahí, apenas camuflada bajo la cáscara retórica de unos mitos oficiales. ¿Qué impedía a los españoles interesarse por esta realidad consustancial con la vida española? ¿Por qué las gentes de profesión intelectual no podían realizar el pequeño esfuerzo de enterarse del país en que vivían, por lo menos al modo cómo quería Unamuno, que todo universitario español pudiese entender un libro escrito en catalán o en gallego? Y me da pena la fatiga de tantas gentes nuestras lanzadas, porque está de moda, al lento aprendizaje de unas cuantas frases de inglés de recepcionista de hotel, sin ninguna ganancia para su cultura y perdiendo además esta ocasión preciosa de completar su visión de España, enriqueciéndose con el conocimiento de unas literaturas nada deleznable, que tienen ahí, al alcance de la mano. Pero bien comprendido que estoy realizando la caligrafía de un sueño, pues ¿qué voy a exigir a quienes tampoco se interesan por la literatura expresada en la lengua de Castilla?

Se me ha disparado la espiral del pensamiento —decía al empezar—, al hilo de una lectura que parte de la meditación de esa pluralidad cultural de las Españas. Pero esta vez, con mayor dramatismo, porque el libro en cuestión, bajo la firma de Ibón Sarasola, se titula «Historia social de la Literatura vasca».

He aquí otra realidad que ahí está y desde hace medio milenio, a través de su uso literario, un idioma, erre que erre, desde siempre («los vascos no datamos», decía Unamuno), duro como el sílex de las hachas prehistóricas que —como todas las lenguas— tiene un contorno cultural, refleja un mundo, exige sobrevivir.

Su problemática parte de la condición no-romántica de esta lengua, lo que la convierte en una fortaleza cuyos muros son infranqueables para el resto de los españoles; incluso para muchos vascongados.

De este modo su lengua se convirtió en bastión, en castillo que conserva toda una mentalidad religiosa, fa-

miliar, poética, folklórica. Analizar esta fuerte realidad diferencial en su vertiente literaria y en su contexto sociológico es el intento de este libro, cuya lectura me ha levantado algunas meditaciones.

Parte el autor de una concepción radical: no hay más literatura vasca que la que se escribe en euskera, aun cuando ello suponga —añado yo— una reducción drástica del potencial intelectual de un pueblo. Mi criterio es más amplio; yo entiendo, por ejemplo, que Unamuno y Baroja son dos escritores profundamente vascos, aunque de expresión castellana, como Gironella o Agusti son dos escritores inequívocamente catalanes que utilizan la lengua de Castilla para expresar el mundo, la mentalidad y los modos de ser de Cataluña. ¿Por qué amputar a un pueblo de algunas de sus voces más resonantes? El factor lingüístico es muy importante; pero no el único.

Por otro lado, la discriminación castellano-vascense es mucho más dramática que la que pueda producirse en el resto del ámbito peninsular. Por un lado, por la distancia de los instrumentos lingüísticos que permite la existencia de vascos que no hablan ni entienden el euskera. Segundo, por la dramática alarma expresada por algunos vascos —como por ejemplo Ramón de Basterra— quienes, al no utilizar el castellano, sienten el temor de sentirse marginados de la cultura europea de origen románico. Lo que lleva al trabajoso estudio de la lengua común, la lucha, tan visible en Unamuno, por dominar el idioma castellano desde la fonética del vasco, cuya dureza pedernal, y cuya música primigenia parecen alentar en la dicción castellana de las gentes del País Vascongado.

Bien: el autor del libro parte de la realidad lingüística del euskera, realidad por otra parte, complejísima y tan difícil que se produce desde una pluralidad ya que se distribuye en sus dialectos: tres, del lado de Francia —laburtino, bajo navarro y suletino— y tres del costado español —vizcaino, guipuzcoano y alto navarro—. Seis dialectos de geografía menguante, a causa del impetu del castellano y de la inmigración en zonas industriales del País Vasco. De ahí la importancia del factor sociológico en el estudio de una literatura que, durante muchos siglos, ha sido patrimonio de una ruralidad, pobre, ignorante y aferrada a una religiosidad radical, hasta el punto que, como señala Sarasola, el clero vasco, a partir del siglo XVIII, se aferraba al uso de la lengua vernácula, no sólo porque la consideraban suya, sino porque constituía una frontera que ponía a sus feligreses a salvo de las ideas venenosas que proliferaban en los libros franceses y castellanos de la época.

Pero no les sirvió de gran cosa: el autor recuerda la aparición de una aristocracia y de una burguesía que, enriquecida por los dividendos de la Compañía Guipuzcoana de Navegación de Caracas (fundada en 1728) florecía en la «Sociedad Económica de Amigos del País», la primera de España, con aquellos estupendos «Caballeros de Azcoitia», que se enfrentaban con el tradicionalismo conservador, utilizando junto al castellano la len-

gua popular vascongada y predicando la unidad de sus tres «provincias».

De ahí, pues, la doble tendencia, signo de madurez, en que se amplía el mundo de la literatura euskera que, a partir del Romanticismo, como en las demás literaturas hispánicas, hace renacer la conciencia histórica de cada uno de sus pueblos.

Por eso importa estudiar —como lo hace Sarasola— la evolución sociológica del país, después de analizar la ideología de Arana-Goiri, llame la atención acerca de la inhibición de la burguesía industrial, poniéndola en contraste con la de Cataluña, cuyo signo es la fe, el oportunismo («Catalunya es un poble que espera», le decía Maragall a Unamuno), lo que tras trascendentales consecuencias al País Vasco, que ignora la evolución sociológica y cuya literatura no tiene otro camino que el de atrincherarse en una visión idílica: el País «de los immaculados caseríos, los pintorescos montes y los verdes prados; sus personajes son los honrados marineros y campesinos que mantienen las viejas y venerables tradiciones» (Pág.85).

El libro de Sarasola adquiere un interés dramático cuando analiza las consecuencias de la guerra civil: «Aunque la literatura no «perdió» la guerra, sí la perdió el grupo político que la sostenía, y con la derrota se deshizo el movimiento cultural que estaba en su base» (Pág.93).

Bien. Algo sabemos de todo eso. Y de la proliferación de «ikastolas» que, después de la guerra, como recuerda el traductor de este libro, Jesús Antonio Cid, «se aferran a que la lengua siga viva» y alienta su renovación a través de una Academia, que ahora se llama, por cierto, «Real Academia de la Lengua Vasca», siguiendo el admirable ejemplo de Bélgica, donde existen dos Reales Academias, una para la Literatura de Expresión flamenca y otra para la Literatura valona, de expresión francesa. Ambas, quedan por supuesto, amparadas con igual jerarquía por la más alta magistratura del Estado.

El libro de Sarasola está ahí, para que todos aprendamos de él. Es una línea de información que a mí, personalmente, me es muy útil, y quiero recordar que, en la medida de mis posibilidades, he contribuido a difundir la literatura vasca, estudiada por Luis Michelena en mi «Historia general de las Literaturas hispánicas», y antologizada en su volumen, a cargo del P. Luis Villasante, en mi «Tesoro breve de las Letras hispánicas».

Las gentes de España tienen, como decíamos al principio, un tremendo déficit de información. Démosela para que no tenga excusa a que agarrarse. Acerquemos al español, a su espléndida riqueza colectiva, y ayudemos a estudiar esta realidad plural que, en el caso del País Vasco, se caracteriza por unas dificultades de permanencia y de comunicación que inspiran, como mínimo, el respeto a que se hacen acreedoras todas las grandes fidelidades.

GUILLERMO DIAZ-PLAJA  
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

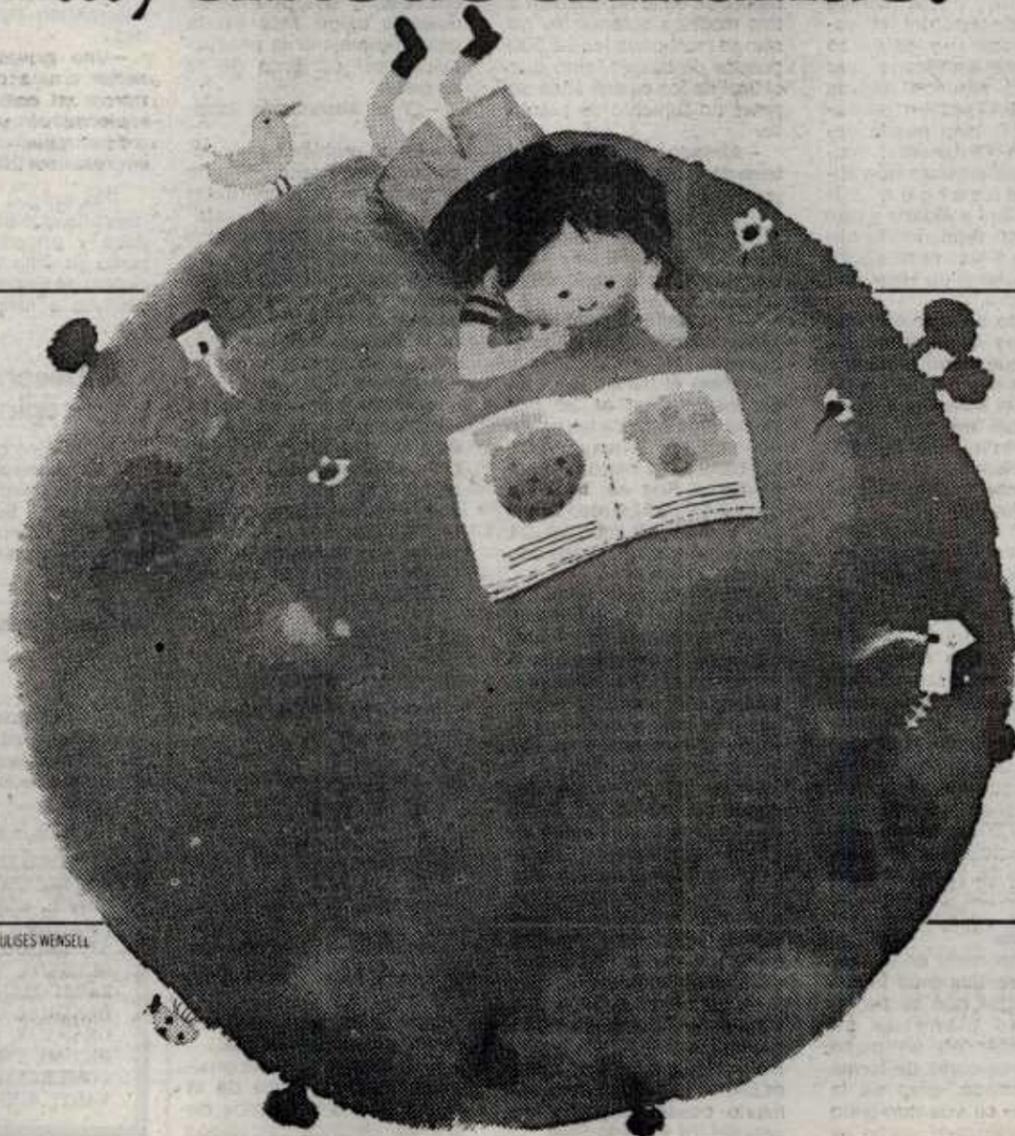
## Altea cuenta en el mundo infantil ...y en todo el mundo.

Ediciones Altea  
crea libros.

Libros que enseñan  
con amenidad,  
con un estilo claro  
y actual.

Libros que cuentan  
en el mundo de los  
niños.

De todo el mundo.  
Los libros  
de Altea son libros  
enteramente creados



y editados en España  
que se leen en  
los principales países  
de Europa y en  
el resto del mundo.  
Eso es Altea.



**Altea**

Libros que cuentan  
en todo el mundo.